

## La mirada de un tuerto

Se acerca el verano y con él las esperadas vacaciones, esas que planeamos con mucho mimo y antelación, o con la antelación que nos permite una pandemia. Es una época de viajes, ya sean internacionales o nacionales, de tiempo de descanso o de hacer turismo hasta acabar necesitando unas segundas vacaciones para recuperarte de las primeras.

Los míos, o al menos los que he hecho con una amiga en los últimos años, están protagonizados por detalles absurdos, algunos casi cómicos. El más accidentado de todos fue, sin lugar a dudas, el de Grecia. El primero que hacíamos juntas y el que abrió la veda a futuras aventuras, y desventuras, por tierras lejanas. Catorce días y cinco medios de transporte diferentes dan para mucho.

Como buenas turistas nos timaron con el precio de las cosas; perdimos la llave de la maleta, teniendo esta cerrada con candado; rescatamos a un hombre encerrado en un baño; nos caímos al suelo y golpeamos con las ramas de algunos árboles (griegos, eso sí, que da algo más de caché); comimos pan con pan por dejarnos olvidado el relleno de los sándwiches en el hotel; nos perdimos no una, ni dos, ni tres, sino hasta diez veces y acabamos dando vueltas por los mismos sitios e, incluso, nos encontramos bultos que parecían cadáveres en caminos perdidos de la mano de dios.

Ocurrieron tantas cosas en tan pocos días que nuestra experiencia daría para un libro completo. Incluso para una saga. Pero si hablamos del propio viaje, de los trayectos en sí, lo más destacable, y olvidable al mismo tiempo, para qué negarlo, fue uno de los tres traslados que hicimos por mar. Nadie nos dijo la diferencia que había entre un *ferrie* y un *fast ferrie*. A parte de lo obvio de su nombre, que quizá nos debería haber dado una pista, ninguna de las dos se esperaba que fuera tan ajetreado. Lo que empezó con un ligero vaivén y los grititos de emoción de algunos pasajeros que pensaban que aquello era una montaña rusa, acabó en una tragedia repleta de mareos, biodramas que llegaban demasiado tarde para algunos y caídas de la tripulación, quienes intentaba asistir a la gente. Nunca me había alegrado tanto de llegar a puerto como en aquella ocasión.

Si tuviera que destacar alguna otra andadura que no ocurriera en el país helénico, sería la de Sevilla. La segunda parada de nuestro mini *roadtrip* veraniego por España, tras visitar la capital sevillana, era Valencia. Pese al calor y algunos contratiempos en tierras andaluzas, como el día que tuvimos que salir corriendo en pijama de la habitación del

hotel por culpa de la alarma de incendios, los primeros días se desarrollaron con relativa normalidad. Hasta que llegamos a la estación de AVE. Como solo había una cola enorme de gente para bajar a los andenes nos pusimos en ella creyendo que todos teníamos que pasar por el mismo control. Los minutos pasaban, los nervios aumentaban y la gente apenas avanzaba. Si habéis llegado hasta aquí ya os podréis imaginar que algo no iba del todo bien.

Cuando quedaban tan solo dos minutos para que el tren saliera, un empleado pasó por la cola para avisar de que el nuestro iba a partir, por si quedaba algún despistado como nosotras.

Corrimos por nuestra vida. Y temimos por ella. Si nunca habéis bajado una rampa mecánica con una maleta mediana hasta arriba de ropa, jamás habéis experimentado un temor similar. El miedo de ser atropellado por tu propia maleta, que avanza casi más rápido que tú, se apodera de ti con una facilidad pasmosa y se intercala con el pánico de acabar la rampa, frenar en seco por el repentino cambio de velocidad y, por supuesto, ser atropellado por tu propia maleta. Dejadme decir que ninguna de las opciones anteriormente descritas ocurrieron. No solo sobrevivimos a aquella alocada carrera digna del Capitán Jack Sparrow, sino que además entramos victoriosas en nuestro tren. Aunque la imagen que debimos dar al resto de pasajeros no fue la de una entrada triunfal.

Tengo la firme creencia de que todo lo que nos ocurre se debe a que me ha mirado un tuerto. Pero solo de refilón. Desde luego, los viajes tienen un significado único y una palabra de lo más evocadora. Pensad en los vuestros. Seguro que os pasan por la cabeza un montón de recuerdos. Algunos de ellos contendrán destinos exóticos, otros no tanto. Pero cada uno de ellos tendrá algo de especial, algo que quedará en vosotros de alguna u otra forma, y, seguramente, no sea por el destino en sí, sino por lo que se vive en él. Son estos pequeños detalles, los propios del viaje y los que ocurren ya en el destino, los que llenan de anécdotas y recuerdos nuestra memoria. Los que hacen que sonriamos y que nos riamos a carcajada limpia por lo vivido. No tienen por qué ser tan rocambolescos como los míos, seguramente no los sean y agradeceréis esa tranquilidad, pero ¿qué sería de nosotros sin esos pequeños momentos que nos enriquecen?